

Psicoanálisis y desarrollo¹

Por Michael Basch

Nos encontramos, hoy, frente a una paradoja curiosa. La muerte del psicoanálisis es anunciada una y otra vez por parte de sus críticos. Al mismo tiempo, sin embargo, no aparece ninguna edición de una revista o un diario de significancia transregional en la cual no se haga referencia, en uno o varios pasajes, a Freud y su trabajo. Como regla, tanto para aquellos autores que reconocen la significación de Freud como para los otros que rebajan su importancia, se trata de la pregunta si acaso el psicoanálisis es un método curativo adecuado para las perturbaciones psíquicas o no. Por supuesto, el tratamiento psicoanalítico es, para nosotros como analistas practicantes como también para nuestros pacientes, algo muy útil. No obstante, creo que se pone un acento equivocado cuando se restringe la significancia del psicoanálisis a su efectividad como método curativo y, en el acto, se ignora la contribución de Freud a la ciencia y la cultura.

En los Estados Unidos, muchos autos llevan hoy una calcomanía que pregunta: "¿Has abrazado a tu hijo el día de hoy?" Mucha gente, por lo tanto, considera importante que, día a día, se intercambien caricias y afecto entre los padres y el niño. Pero sólo a los menos les queda claro que le deben agradecer a Sigmund Freud por esto.

La investigación del inconsciente a través de Freud y su invención del método psicoanalítico son bien conocidas. De igual importancia fue una comprensión adicional, en los tiempos de Freud pionera, aún cuando no es enfatizada las más de las veces. A saber, de sus reconstrucciones analíticas del complejo de Edipo dedujo que los niños son criaturas que deben ser tomadas en serio, en cuya vida psíquica aquello que experimentan tiene efectos psicológicos de larga duración. En este sentido, el desarrollo del niño hacia el adulto estaba, desde un comienzo hasta el día de hoy, en el centro del psicoanálisis.

Después de un tiempo relativamente breve, la ocupación intensiva de los analistas con aquello que sus pacientes adultos pensaban y sentían como niños condujo a que se concentraran en los niños mismos y su patología. Se reflexionaba sobre la manera en que las prácticas habituales

¹ Conferencia con ocasión de la jornada "Infant Research and Psychoanalysis" en Colonia, el 30 de septiembre de 1994, organizada por la Sociedad René Spitz para el Fomento del Psicoanálisis (dependiente de la Fundación Köhler) y el Instituto para Psicosomática y Psicoterapia de la Universidad de Colonia. Traducido por André Sassenfeld J. del original aparecido en *Das Selbst im Lebenszyklus*, editado por H.-P. Hartmann, W. Milch, P. Kutter y J. Paál (Editorial Suhrkamp).

de educación podrían ser mejoradas por medio de la comprensión psicoanalítica, con la finalidad de evitar el desarrollo de perturbaciones emocionales. A pesar de que mucho de lo que fue recomendado en el nombre del psicoanálisis hoy nos parece poco inteligente o dañino, la importancia que se le atribuyó a la vida psíquica de un niño era un progreso enorme frente a las prácticas educativas de entonces. Estas, a saber, desaconsejaban el respetar a los niños y tratarlos amorosamente para prevenir, de ese modo, el "mimarlos". A los beneficios especiales del desarrollo encaminado por Freud pertenece la fundación de la investigación de los infantes. Las comprensiones alcanzadas, a lo largo de los últimos 50 años, sobre los procesos de aprendizaje y formación de carácter en los primeros años de vida son notables. Ahora, uno debería haber pensado que esta nueva rama en la familia de las ciencias, es decir la psicología de infantes, debiera haber sido cariñosamente bienvenida por sus abuelos psicoanalíticos y debiera haber llevado a la formulación de una teoría unitaria de la maduración y el comportamiento. Uno se pregunta por qué esto no fue así. Aquí debería mencionarse, como ejemplo especialmente craso, el psicoanalista John Bowlby. Ya que cuando intentó modificar y actualizar la teoría psicoanalítica del desarrollo, integrando resultados de la investigación de la observación directa de los primeros años de vida, se encontró no con curiosidad e interés científicos, sino con condenación e imputaciones personales que apuntaban a minar su credibilidad. Entonces, ¿por qué se sentía y se siente aún hoy el psicoanálisis organizado amenazado por "babywatchers" aparentemente inofensivos?

En mi docencia, a menudo he hecho el experimento de pedirles a los candidatos de una formación psicoanalítica que digan algo acerca de las disposiciones y capacidades psíquicas del infante humano. Dado que han leído la literatura psicoanalítica, describen al recién nacido inventado por Freud y sus contemporáneos como conjunto de impulsos indomados, asociales, descoordinados con pasiones insatisfechas. De acuerdo a esta concepción, el niño, en realidad, sólo quiere ser dejado en paz porque quiere dormir. Pero la presión pulsional, como el hambre y la sed, lo obliga a establecer contacto con el mundo exterior por medio de reflejos primitivos (Freud, 1895a). En términos cognitivos, por lo tanto, el bebé sería una hoja vacía, una *tabula rasa*, sobre la cual la sociedad escribe, con esfuerzo y en contra de resistencias, su amargo mensaje: ¡come o muere! Como eje de este adiestramiento sirve la necesidad del niño de la satisfacción pulsional. Comúnmente, su desamparo garantiza que –al menos hacia afuera– el mundo gana la batalla, aún cuando permanece, durante el resto de su vida, una ira respecto de la necesidad de la adaptación. En el mejor de los casos, el conflicto es finalmente sublimado; la rabia y la desilusión que le deben su aparición a la obligación de la represión de impulsos propios son trasladadas a amor por el prójimo,

abogar por metas abstractas y empeño en el trabajo. Las más de las veces, no obstante, el compromiso es satisfactorio sólo de manera superficial. La lucha entre el impulso y la necesidad de la adaptación conduce a patología neurótica de diferentes alcances.

Cuando pregunto, entonces, si alguno de los candidatos o las candidatas actualmente tiene un niño o niños y, en caso de ser así, si nos pudiese relatar su experiencia personal con el bebé, escuchamos algo sobre la pequeña María o el pequeño Juan como seres humanos con personalidades distintas, con una escala amplia de emociones y con una demanda solícita por situaciones y comunidad ["estar-juntos"]. De ninguna manera son sólo receptores pasivos de impresiones sensoriales. Por el contrario: buscan impresiones nuevas, las enfrentan con curiosidad y aprenden rápidamente. Estos bebés no son masas informes rabiosas e infelices de protoplasma, sino individuos que, a su propio modo, entablan conversaciones con su madre amplia y felizmente, que tienen personalidades diferentes y a los cuales no se les ocurre comportarse tal como la teoría psicoanalítica lo predice.

Mientras tanto, contamos con mucha evidencia de que el pensar orientado a la solución de problemas no depende, exclusivamente, de habilidades verbales (Freedman et al., 1971; Freedman, 1992). Experimentos ingeniosos han demostrado que los niños llegan con capacidades perceptivas al mundo que no sólo son sofisticadas, sino también selectivas. Habilidades de las cuales hasta ahora se pensaba que eran adquiridas recién a través del aprendizaje han revelado ser posibilidades innatas con las cuales el niño encara su entorno. Menciono como ejemplo, entre muchos otros, sólo la habilidad para localizar señales, la percepción de profundidad, la preferencia de la estructura frente a la desorganización y la distinción de colores (Stern, 1985). Sabemos que la meta del niño no es una retirada al nirvana, a un estado de apatía satisfecha, sino lo contrario, que de nacimiento está sediento de estímulos, que prefiere lo novedoso (Carpenter, 1974; Bower, 1971) y, más allá, que está selectivamente programado para entrar o provocar interacciones con seres humanos (Condon & Sander, 1974; Carpenter, 1974). Esto significa: el niño normal prefiere, cuando puede elegir, estímulos desconocidos a conocidos.

De igual importancia para la comprensión de la vida mental del niño pequeño es el hecho de que el recién nacido, desde el primer día, aprende de la experiencia, tal como niños mayores y adultos. Patrones de expectativa son grabados y reactivados cuando estímulos relevantes son repetidos y evocan la conducta aprendida oportuna. Además, el infante humano está, al igual que otros animales, preparado para reaccionar a los datos importantes para su especie. Desde el nacimiento, le da preferencia a la voz humana, a la cara humana y la sonrisa frente a otros estímulos.

Los hechos se inclinan claramente hacia las observaciones de los padres y no hacia las especulaciones psicoanalíticas: el niño es un organismo que se encuentra provisto, de manera ideal, para convertirse en miembro de la sociedad humana.

Entonces, ¿por qué la teoría analítica no ha sido cambiada y ampliada por medio de añadiduras en vistas de las experiencias diarias que nos son brindadas por nuestros niños? Son confirmadas por la investigación del infante, pero contradicen la hipótesis de Freud sobre los procesos funcionales en los niños. A una reconciliación del psicoanálisis con la investigación del infante la obstaculiza la teoría pulsional de Freud, según la cual toda la conducta humana puede ser explicada por la necesidad de descarga pulsional. ¿Cómo se llegó a esta teoría?

En los años en los cuales Freud se ocupó de la hipnoterapia y en los cuales la mayoría de sus teorías fundamentales sobre los procesos psíquicos se originaron, también fueron descubiertas las hormonas. Se encontró que el cerebro secreta sustancias químicas que, por medio de la circulación sanguínea, influenciaban otros órganos. Esta era una explicación fisiológica evidente y revolucionaria que contestaba muchas preguntas. Freud creía que este proceso también podía producirse en la dirección opuesta. Esto significaría que órganos corporales podrían influenciar el cerebro. Y esto le dio una idea, sobre la cual era capaz de explicar la causa de las enfermedades neuróticas.

Cuando Freud pedía a sus pacientes, bajo hipnosis, que se retrotrajeran a años anteriores, descubrió que experiencias y/o fantasías sexuales de la infancia podían ser hechas responsables de los posteriores síntomas neuróticos. El poder de estas ideas neuróticas lo fascinaba. Eran capaces de sobrepasar el sentido común saludable y de literalmente paralizar a una persona de otra manera completamente sana. ¿De dónde sacaban, empero, su poder? En 1895, publicó un trabajo bajo el título "Sobre el derecho de separar de la neurastenia un complejo sintomático determinado como 'neurosis de angustia'". Allí, propuso como explicación la siguiente hipótesis: el semen acumulado en los testículos estimula, a través de la dilatación del tejido conectivo circundante, las terminaciones nerviosas ahí ubicadas y lleva, con ello, a una excitación del sistema nervioso central y, entonces, del cerebro. Allí, por medio de la tensión testicular original, son evocadas ideas sexuales y cargadas con energía pulsional. Freud no podía explicar la mecánica de esta transformación. Hablaba del "salto misterioso" entre soma y psique. En cualquier caso, según las sospechas de Freud, la secreción sexual somática causaba una metamorfosis a energía sexual. Esta ofrece la fuerza motivacional, la energía psíquica, para todo el comportamiento. De adónde podría provenir la energía psíquica femenina fue una interrogante de la cual Freud nunca se ocupó. Los pensamientos neuróticos eran, siguiendo la concepción de Freud, tan fuertes debido a que se apoderaban de cada

vez más energía que otras ideas y motivos y, en consecuencia, dominaban la vida psíquica (Freud, 1895b).

Aún cuando sea difícil de creer: esta concepción altamente primitiva, meramente especulativa y, desde hace mucho, demostrada como errónea del origen de la excitación sexual y de la función del cerebro es el fundamento para la teoría pulsional de Freud y para el punto de vista de que las tensiones sexuales somáticas, con su fuerza, alimentan la motivación psicológica en su totalidad.

Merece ser subrayado que la teoría sexual de la motivación, en sentido estricto, no forma parte de la teoría psicoanalítica clínicamente derivada, aún cuando fue conocida como tal. Fue formulada *antes* de que Freud descubriera el significado de los sueños, de la realidad psíquica y de la transferencia y antes de que descifrara el código del pensamiento simbólico temprano, al cual designó como proceso primario. Debido a que los escritos tempranos de Freud, en parte, fueron publicadas recién después de su muerte y aquellos que habían sido publicados no eran muy conocidos, los analistas supusieron que las conclusiones respecto de la teoría del impulso sexual de las motivaciones habían sido alcanzadas, de algún modo, a través de la investigación psicoanalítica. Esta suposición les fue sugerida por los escritos posteriores de Freud. Pero Freud mismo clarificó expresamente que sus teorías pulsionales e instintivas eran *especulaciones biológicas* a las cuales recurría para la explicación de sus hallazgos clínicos. Dijo que estas ideas, por cierto, son aplicadas por el psicoanálisis, pero que no están derivadas de la observación clínica (Freud, 1915, pp. 210-212). Admitió que estas hipótesis, en el mejor de los casos, eran vagas e insatisfactorias y habló de la teoría pulsional como “una especie de mitología” del psicoanálisis (Freud, 1933, p. 22). Freud esperaba que su teoría de la libido y su concepción de la naturaleza de los instintos encontrarían un fundamento orgánico limpio. Pero, mientras no se había presentado una teoría pulsional definitiva, se sentía justificado para especular, en base a sus hallazgos psicológicos, sobre el sustrato biológico de las pulsiones (Freud, 1914, p. 144)². Ahora bien, en la forma de la argumentación de Freud debemos tomar en consideración lo siguiente: cuando tales especulaciones extra-analíticas se mostraban útiles, tendió a olvidar su carácter provisorio. Procedió como si la utilización repetida fuera evidencia de la exactitud de estas hipótesis (Basch, 1976). De la misma manera también sucedió con las teorías del instinto y la pulsión.

Uno se podría preguntar, ¿cómo es que, a pesar de todos los hechos que contradicen las hipótesis de Freud respecto de la teoría de la pulsión sexual, este concepto no fue mirado como lo que es, es decir, como una

² “[...] quiero, en este lugar, admitir de manera explícita que la suposición de pulsiones del yo y sexuales separadas, es decir, la teoría de la libido, lo menos descansa sobre un fundamento psicológico, esencialmente es apoyada de modo biológico.”

pseudo-explicación? ¿Por qué no fue sepultado? La respuesta yace en la convicción de Freud de que su descubrimiento de la sexualidad infantil y del complejo de Edipo, llevado a cabo a través de métodos clínicos, y sus especulaciones relacionadas con las pulsiones eran dos caras de la misma moneda y que juntas nos darían la llave para la comprensión del desarrollo psíquico de todos los seres humanos.

A partir de aquí, comenzando con Ferenczi, todos aquellos que cuestionaban la exclusividad y/o la predominancia de la motivación sexual fueron estigmatizados como disidentes. Se les reprochaba rechazar el descubrimiento de Freud de la sexualidad infantil y destruir la teoría psicoanalítica. Esto condujo a que los analistas se demostraban, diariamente, la efectividad del método psicoanalítico en el tratamiento de síntomas neuróticos. Dedujeron de ello que sus resultados clínicos eran evidencia para la adecuación de las especulaciones biológicas de Freud, sin verse afectados por todos los hallazgos contradictorios provenientes de otras áreas de investigación. Al hecho de que esto es un non sequitur, una deducción equivocada, se respondió con que, mientras no existiera una mejor explicación para la motivación humana, la sexualidad al menos nos proporciona un lugar de anclaje y un punto de partida, con independencia de lo que pudieran ser sus defectos. Sin tomar en cuenta que esta es una conclusión errónea, hoy ya no es cierto.

Hoy, podemos formular una teoría científicamente sana y clínicamente útil que une aquello que hemos aprendido sobre el desarrollo normal con los descubrimientos fundamentales de Freud y los progresos realizados en el psicoanálisis.

Se han juntado varios factores que nos permiten formular otra así llamada metapsicología o teoría explicativa, que es tanto una directiva para la clínica como agota el potencial del psicoanálisis para otras ramas de la ciencia: del psicoanálisis clínico proviene la formulación de Heinz Kohut de una teoría motivacional de las necesidades de los selfobjetos³. Además, es necesario mencionar tres importantes factores externos al psicoanálisis: (1) la comprensión de que el cerebro es un órgano procesador de información y no un órgano de descarga pulsional; (2) aquellos trabajos que mostraron que el comportamiento es motivado por el afecto y no por el instinto; (3) y, finalmente, la comprensión del desarrollo del self que nos ha sido procurado por la investigación del infante. Quiero discutir estos factores de manera breve.

Hoy podemos desarrollar concepciones distintas del cerebro de lo que les era posible a Freud y sus contemporáneos. Recién desde la Segunda Guerra Mundial disponemos de la cibernética y la teoría de la regulación. Estas descansan sobre el concepto de que la información

³ N. del t.: Hemos optado por traducir el término inglés *selfobject*, de difícil equivalencia en el idioma castellano, por *selfobjeto*.

representa una forma cuantificable de fuerza o intensidad. Recién en base a estas teorías estamos capacitados para ver al cerebro como órgano que crea y procesa informaciones y que no es un órgano, tal como lo concebía Freud, que sirve a la descarga energética (Basch, 1988). El cerebro es un órgano que ordena y traduce las señales que recibe en mensajes o informaciones con contenidos de significado. Esta traducción de señales en mensajes portadores de significado es lograda a través de una comparación de los datos entrantes con patrones existentes de organización. Se verifica si los datos entrantes concuerdan con las expectativas en función de las cuales está programado el cerebro para construir, en caso de que la concordancia no sea lo suficientemente exacta, nuevos patrones de expectativa. Por medio de este proceso de ordenamiento, el bebé se adapta a su ambiente. Los resultados de este proceso de ordenamiento son observados y aprehendidos por parte de los investigadores de infantes. Lo que nosotros, los analistas, después escuchamos de nuestros pacientes es, en última instancia, el resultado de un proceso de ordenamiento que no llevó a una adaptación saludable.

Tanto el psicoanálisis como la investigación del infante se ocupan, en última instancia, del proceso de ordenamiento del cerebro. Una unión productiva de ambos acercamientos de investigación fue posibilitada por el trabajo de Heinz Kohut. Es conocida bajo el nombre de "psicología psicoanalítica del self". Freud había dicho que, para el desarrollo humano, dos hechos biológicos son de significación fundamental: a saber, el inicio bifásico de la sexualidad y el desamparo del infante. Freud explicó la importancia y el destino de la sexualidad infantil. La importancia y el destino posterior del desamparo del infante humano fueron abordados, de manera sistemática y psicoanalítica, como primero por Kohut.

Kohut investigó y empleó clínicamente de modo sistemático aquello que hoy, en retrospectiva, nos parece obvio: esto es, cuando una incapacidad para solucionar y superar nuestros problemas amenaza nuestra integridad psíquica, necesitamos apoyo. Esto vale a lo largo de toda la vida. En estos casos, necesitamos ayuda para poder permanecer capaces de funcionar. Kohut acuñó el concepto de la relación selfobjeto o de la experiencia selfobjeto para señalar hacia lo que sigue: cuando el self se encuentra amenazado, el individuo trata a los otros como si no fueran individuos con derechos propios; es decir, no son tratados como objetos, sobre los cuales se enfocan pulsiones, sino como si fueran extensiones del propio self en peligro. En base al apoyo ofrecido al self en peligro, Kohut distinguió entre tres formas de las experiencias de selfobjeto: espejeamiento, idealización y experiencia alterego o gemelar. La necesidad de espejeamiento aparece cuando el self en peligro busca un fortalecimiento de tal modo, que la competencia de una acción le sea confirmada o que le sea comunicada una reacción comprensiva cuando tuvo que hacer la dolorosa experiencia de fracaso o herida. La necesidad

de un selfobjeto idealizado significa que el self debe experimentar un fortalecimiento a través de que, en estados de exigencia o de tensión, sea protegido y apoyado. Esto vale especialmente para estados que sobrepasan la capacidad del niño para el manejo satisfactorio propio. La necesidad de un selfobjeto alterego o gemelar expresa que el self requiere una confirmación en el sentido de que sea reconocido como prójimo, por parte de su clan, y de que sea aceptado por el grupo como miembro completamente válido. Cuando estas necesidades, en gran medida, no son satisfechas o comprendidas, finalmente son transferidas al terapeuta en la relación terapéutica.

Debería ser enfatizado que Kohut no rechazó los hallazgos clínicos de Freud, en cuanto se refieren a la sexualidad infantil temprana o el complejo de Edipo. Dijo que todos tenemos una fase edípica y que esto es parte del desarrollo normal. Pero esto no significa que todos tenemos un conflicto de Edipo. El conflicto edípico, descubierto por Freud como causa de psiconeurosis posteriores, es, de acuerdo a la concepción de Kohut, el ejemplo dramático e instructivo de un fallo de un selfobjeto. A través de ello, una fase normal de maduración es convertida en una calle sin salida, de la cual el paciente no puede salir. Recién cuando el analista, como selfobjeto empático, le permite repetir el conflicto en la transferencia y, entonces, le ayuda por medio de las interpretaciones a encontrar una mejor solución al conflicto anteriormente reprimido, el desarrollo puede proseguir allí donde antes se había estancado. El conflicto de Edipo es, sin embargo, sólo *un* ejemplo para una falla del selfobjeto y no puede, así, servir de marco de referencia para todo lo que vemos en nuestra práctica.

Dicho de otra manera: Freud nos mostró cómo se maneja la transferencia negativa, la transferencia del conflicto edípico del paciente sobre el analista. En el paciente neurótico, se supone como dado que también existen una transferencia positiva que se encuentra más profundo y un vínculo sano con el analista. Pero Kohut se ocupó de pacientes, esto es, de aquellos con trastornos narcisistas de la personalidad, para los cuales justamente el vínculo representaba un problema. En estos pacientes, los obstáculos que dificultaban la formación de una transferencia positiva se encontraban en el centro de la atención. Hoy en día, las más de las veces no tratamos con problemas psiconeuróticos, sino con problemas vinculares. Estos no pueden, tal como Kohut dio a entender, ser explicados en términos de tensión pulsional. Mostró que estos pacientes necesitan procedimientos de tratamiento que hicieran justicia a sus especiales déficits evolutivos.

Habitualmente, el comportamiento del analista y su forma de tratar al paciente estaban determinadas por la idea de que el paciente iba a hacer todo lo que estuviera a su alcance con el fin de usar al analista como objeto para una satisfacción escondida de sus prohibidos deseos pulsionales. Para evitar esto, el analista debía mantenerse tan poco

disponible como fuera posible. En vistas de ello, la angustia del paciente incrementaría y los deseos subyacentes entrarían, paso por paso, en una forma cubierta en la transferencia y, allí, posibilitarían la interpretación y la reconstrucción genética. Kohut mostró que, en los pacientes con perturbaciones vinculares, la angustia ya es muy alta y que el analista, en consecuencia, debe entrar activamente en los problemas evolutivos en vez de comportarse de manera distanciada. El analista tiene que mostrar que entiende y que no tiene miedo a las necesidades de selfobjeto que el paciente le impone. Kohut llamó a ese proceso "inmersión empática". Sólo cuando esta a menudo larga parte inicial del análisis ha sido concluida con éxito y una transferencia positiva ha sido establecida pueden seguir la interpretación y la reconstrucción genética. Como en los pacientes psiconeuróticos, también en los pacientes con perturbaciones vinculares la curación en el tratamiento analítico es posibilitada por la interpretación y la disolución de la transferencia.

Pero debido al desarrollo diferente en estos dos grupos de pacientes, el proceder analítico debe ser cambiado, como también la definición de aquello que distingue la neutralidad y la abstinencia.

Kohut hizo posible el análisis de la transferencia de pacientes cuya patología no se centraba en el conflicto edípico. El concepto de Kohut del desarrollo de los vínculos por intermedio del selfobjeto se encuentra en concordancia con la descripción del desarrollo que es dada por los investigadores del infante. Al liberarnos de la teoría pulsional y poner un fin al reduccionismo psicosexual, Kohut abrió el camino para la unión del psicoanálisis con sus ciencias vecinas.

Aunque Kohut abrió la puerta, no la atravesó. No llevó a cabo el paso necesario, el unir aquello que hoy se conoce como desarrollo normal con lo que había aprendido en el análisis de pacientes adultos acerca de sus problemas vinculares. Exigía empatía con las necesidades de selfobjeto de un paciente. Pero la posibilidad de la empatía con los procesos y matices de estas necesidades, en cada paciente, depende de los conocimientos que el analista tiene respecto del desarrollo normal. En otras palabras: cuando uno no sabe lo que se espera en cada fase evolutiva específica, ¿cómo puede uno saber, entonces, lo que falta? Mientras como analistas no dominemos lo que la investigación del infante nos puede enseñar, ¿cómo podemos ser allí "empáticos"? Es decir, ¿cómo podemos tratar de comprender los tempranos problemas del desarrollo que el paciente repite, sea de forma encubierta en la transferencia o en la resistencia a la transferencia? Nosotros también somos "babywatchers", aún cuando nuestros pacientes desde hace largo tiempo han dejado la cuna.

Mientras mejor entendemos el desarrollo de vínculo y autonomía, mejor podemos entender al niño en el adulto y volver a unir a ambos. Por esta razón es tan importante que el psicoanálisis integre todo lo que ya se

conoce y todavía se conocerá sobre desarrollo temprano. Pero esto no es fácil de lograr. Para Freud, el impulso sexual era omnipresente. Era la siempre presente fuente motivacional, respecto de la cual la conducta en su totalidad podía ser retrotraída. La pulsión sexual era el lazo de unión entre el paciente adulto y el niño que alguna vez fue. ¿Dónde podemos encontrar, hoy, esta conexión? Dicho de otro modo: si no somos impulsados por el instinto, ¿qué es lo que, entonces, nos motiva?

La observación de infantes nos muestra de qué manera los bebés aprenden y lo que hacen, pero no nos dice por qué los bebés se comportan como se comportan. La observación de Kohut acerca de las necesidades de selfobjeto a lo largo de toda la vida subraya el hecho de que el proceso de ordenamiento y la adaptación misma, en la edad adulta, no siempre se encuentran bajo el control del individuo. Para la infancia temprana esto vale aún más. Pero justo en los primeros dos años de vida se establecen los patrones fundamentales que forman el self y sus relaciones. Por lo tanto, claramente las experiencias de selfobjeto del niño a lo a lo largo de estos primeros dos años son de gran significación.

Entonces, cuando estudiamos la infancia temprana y su desarrollo, nunca estudiamos al niño pequeño solo, sino que estudiamos siempre un sistema que se constituye a partir de bebé y cuidador. La naturaleza del intercambio de señales dentro de este sistema determina mucho de lo que acontecerá en la vida posterior. Aún cuando el niño, como ya hemos mencionado, llega al mundo con muchas habilidades, el potencial recién es actualizado por medio de la mediación del compañero empático.

En su extraordinariamente importante investigación, Beatrice Beebe ha medido el intercambio entre madres y sus bebés en intervalos de fracciones de segundos. Ha mostrado que la madre y el infante forman un sistema, en el cual cada uno ejerce control sobre el otro y que, en este proceso, el self del bebé se forma.

¿Cómo se produce este intercambio en el cual cada segundo está cargado de informaciones? Aún cuando el niño todavía no puede hablar y la falta esta capacidad de simbolización lingüística, esto no significa que el niño es incapaz de comunicarse de manera efectiva.

El programa heredado que, en última instancia, domina nuestro comportamiento y que motiva sin mediación la atracción o la retirada es aquel del afecto. El denominador común que nos hace seres humanos y nos une consiste en que estamos equipados con una cara móvil y un programa que genera información, el cual nos capacita para la reacción afectiva y la comunicación afectiva (Tomkins, 1962/1963, 1981, 1987; Basch, 1977; Nathanson, 1987, 1992). Tal como ha puesto al descubierto el investigador de los afectos Tomkins, la experiencia afectiva del niño descansa, en un comienzo, sobre una reacción reflectiva a la intensidad y

la forma de las ondas del estímulo, que llegan a su cerebro sin cesar. Esto explica por qué el niño pequeño, el cual aún no está capacitado para la conceptualización o el pensamiento discursivo como un adulto, sí puede lograr expresar sus necesidades con claridad al observador. De modo inverso, también puede, por su parte, "leer" la intención y la intensidad emocional de la persona con la cual se encuentra en ese momento. El afecto también proporciona el acceso a la acción. Sea como sea que está hecha la disposición pulsional, sólo puede producir una conducta cuando está ligada a un afecto positivo. Y a la inversa: con lo hambriento que puede estar un individuo, un afecto como asco o miedo le impedirá ceder a la presión pulsional por medio de una acción. Tanto la maduración afectiva como la cognitiva consisten en el hacerse capaz de expresar las reacciones afectivas de manera cada vez más equilibrada, de modo que la reacción-todo-o-nada de la infancia temprana sea reemplazada por el empleo mucho más económico de nuestros esfuerzos, por ejemplo, cuando seguimos un interés, y queremos maximizar nuestro bienestar y evitar el estrés de la sub- o sobreestimulación (Basch, 1988).

Como se sabe, las meras 26 letras de nuestro alfabeto pueden ser combinadas para generar toda la plenitud y matización de nuestro idioma. Pero mucho más ricas son las posibilidades de variación que pueden ser creadas por la fuerza y la combinación de los afectos básicos. En eso no sólo entran en juego la cada y el cuerpo, sino también las variaciones de la voz, para dar a entender en cada momento dado nuestros sentimientos. El afecto es un idioma no verbal que a veces acompaña la palabra hablada, así como los poetas griegos antiguos utilizaban el coro con la finalidad de destacar las aseveraciones de los protagonistas. Aún más veces el afecto es un indicio, tal como nos enseñó Freud, que revela al observador atento las verdades escondidas, consciente o inconscientemente, detrás de la palabra hablada. Pero el afecto, tan importante para la comunicación, también apoya la función organizadora del cerebro en desarrollo. En último análisis, el ordenar del cerebro se encuentra en el interés del manejo de los afectos y de la evitación de la sub- o sobreestimulación. La función del selfobjeto de la madre frente a su hijo descrita por Kohut consiste, entre otras cosas, en que ayuda al niño a manejar o evitar una potencial sobrecarga afectiva.

Cada experiencia cuenta con una etiqueta afectiva. El afecto actúa como moderador universal. Tiene la efecto que Freud le atribuía a la pulsión. Las redes nerviosas que están teñidas de afecto positivo buscan repetición y ampliación, aquellas cargadas de afecto negativo buscan evitación. No les será difícil reconocer el principio-placer-displacer en esta formulación. Pero ahora el principio no debe ser explicado por medio del recurrir a una fuerza somática desconocida que, de alguna manera, es transformada en una sobrecarga psíquica. Más bien, placer y displacer son indicadores del manejo exitoso o no exitoso del afecto.

Freud miraba mucho más allá del horizonte científico de su época. No había ni conceptos ni palabras que pudieran expresar lo que ya había comprendido. Mi intención fue mostrar de qué modo los progresos en nuestro y en otros campos responden a muchas interrogantes que Freud planteó cuando, por primera vez, reconoció la significancia del desarrollo infantil para el posterior adulto.

Referencias

- Basch, M. (1973). Psychoanalysis and theory formation. *The Annual of Psychoanalysis*, 1, 39-52.
- Basch, M. (1976). Theory formation in Chapter VII: A critique. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 24, 61-100.
- Basch, M. (1987). Developmental psychology and explanatory theory in psychoanalysis. *American Psychoanalyst*, 5, 229-263.
- Basch, M. (1988). *Understanding Psychotherapy: The Science Behind the Art*. New York: Basic Books.
- Beebe, B. & Stern, D. (1977). Engagement-disengagement and early object experiences. En N. Freedman & S. Grand (Eds.), *Communicative structures and Psychic Structures* (pp. 35-55). New York: Plenum Press.
- Beebe, B. & Sloate, P. (1982). Assessment and treatment of difficulties in mother-infant attunement in the first three years of life: A case history. *Psychoanalytic Inquiry*, 1, 601-623.
- Beebe, B. & Lachmann, F. (1988). Mother-infant mutual influences and precursors of psychic structure. En A. Goldberg (Ed.), *Progress in Self Psychology: Frontiers in Self Psychology (Vol. III)* (pp. 3-25). New Jersey: The Analytic Press.
- Bower, T. (1971). The object in the world of the infant. *Scientific American*, 225, 30-38.
- Carpenter, G. (1974). Mother's face and the newborn. *New Scientist*, 742-744.

- Condon, W. & Sander, L. (1974). Neonate movement as synchronized with adult speech: Interactional participation and language acquisition. *Science, 183*, 99-101.
- Darwin, C. (1872). *The Expression of the Emotions in Man and Animals*. Chicago: University of Chicago Press.
- Freedman, D. (1972). Relation of language development to problem solving activity. *Bulletin of the Menninger Clinic, 36*, 583-595.
- Freedman, D., Cannaday, C. & Robinson, J. (1971). Speech and psychic structure: A reconsideration of their relation. *Journal of the American Psychoanalytic Association, 19*, 765-779.
- Freud, S. (1895a). Entwurf einer Psychologie. *G. W.*, Nachtragsband (pp. 373-486).
- Freud, S. (1895b). Über die Berechtigung, von der Neurasthenie einen bestimmten Symptomkomplex als 'Angstneurose' abzutrennen. *G. W.*, Band 1 (pp. 313-342).
- Freud, S. (1914). Zur Einführung des Narzissmus. *G. W.*, Band 10 (pp. 137-170).
- Freud, S. (1915). Triebe und Tribschicksale. *G. W.*, Band 10 (pp. 209-232).
- Freud, S. (1933). *Neue Folge der Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse*. *G. W.*, Band 15.
- Karen, R. (1994). *Becoming Attached*. New York: Warner Books.
- Kohut, H. (1971). *The Analysis of the Self*. New York: International Universities Press.
- Kohut, H. (1977). *The Restoration of the Self*. New York: International Universities Press.
- Kohut, H. (1984). *How does Analysis Cure?* Chicago: University of Chicago Press.
- Nathanson, D. (1987). Shame. En D. Nathanson (Ed.), *The Many Faces of Shame* (pp. 133-161). New York: The Guilford Press.

- Nathanson, D. (1992). *Shame and Pride: Affect, Sex and the Birth of the Self*. New York: Norton.
- Stern, D. (1985). *The Interpersonal World of the Infant*. New York: Basic Books.
- Tomkins, S. (1962/1963). *Affect, Imagery, Consciousness* (2 Vol.). New York: Springer.
- Tomkins, S. (1970). Affects as the primary motivational system. En M. Arnold (Ed.), *Feelings and Emotions* (pp. 101-110). New York: Academic Press.
- Tomkins, S. (1981). The quest for primary motives: Biography and autobiography of an idea. *Journal of Person and Social Psychology*, 41, 306-329.